

LAS CONFERENCIAS PRESIDENCIALES FRANCO-AFRICANAS

En mayo del presente año se ha celebrado en París la III Conferencia Presidencial Franco-Africana, de acuerdo con la denominación adoptada por sus organizadores, aunque más propiamente cabría calificarla como franco-afrolatina.

Constituye dicha reunión una etapa en las relaciones entre Francia y sus antiguas colonias del Africa negra, representativa de la evolución de las mismas en el período poscolonial y del deseo de adaptarlas a las cambiantes circunstancias.

La huella de la dominación política de Francia en Africa es grande, como en general ha sido la de otras potencias europeas en el vecino continente, y génesis de una serie de vínculos culturales, económicos y, aun en parte, políticos, que de una forma u otra se mantienen hasta la fecha.

Francia, al instalarse en el Africa subsahariana, encontró territorios económicamente débiles, con poblaciones cuya cultura había sido cortada en embrión por varios siglos de trata de esclavos, de estructuras políticas endebles y escasa conciencia nacional; lo que hizo relativamente fácil su sometimiento político y ulterior asimilación cultural, sobre todo de las «élites» locales, ya que la política del gobierno de París en relación con sus colonias del Africa camita fue, hasta la conclusión de la II Guerra Mundial, la de administrarlas directamente por el poder central como una parte alejada de la metrópoli.

El poder colonial se apoya sobre una triple base: política, económica y cultural, que vincula las posesiones africanas a Francia.

Prescindiendo, por obvia, de la primera, debemos señalar que la segunda, de inspiración mercantilista, descansaba en la existencia de un área monetaria común, de la que podemos decir que «antes de 1960 la política colonial hacia la zona del franco constituía un sistema económico cerrado en el que los franceses pagaban las materias primas a precios superiores a los del mercado mundial y vendían artículos de consumo a precios artificialmente hinchados por la cotización del franco»¹.

¹ *Africa Contemporary Record 1974-75*, Londres, 1975, pp. B-219.

Y, por último, en el plano cultural se adoptó una política de asimilación a ultranza, hasta extremos que tocan lo pintoresco, pero de un éxito singular sobre todo a nivel de las clases educadas y que la antigua metrópoli nunca ha dejado de potenciar al máximo de una forma ejemplar.

Al adquirir Francia y sus posiciones del Africa subsahariana la conciencia de que los vínculos políticos de tipo colonial tenían sus días contados, concienciación que se impone progresivamente a partir de la última conflagración mundial, se va creando una urdimbre de organizaciones e intereses mutuos que puedan servir de base en el futuro para unas relaciones modificadas al aire de las circunstancias, y no necesariamente de índole neocolonial.

Así se crea la Comisión de Cooperación Técnica en Africa al Sur del Sahara (CCTA) en 1950 y el Fondo de Inversión para el Desarrollo Económico y Social (FIDES) para las posesiones francesas de Ultramar, cuyo carácter por lo tanto fue en principio eminentemente africano, y en cuyo ámbito fue sustituido en 1959 por el Fondo de Ayuda y Cooperación.

A partir de 1948 se institucionaliza como valuta el franco CFA, vinculado al francés, e incluso en el plano político el Rassemblement Democratique Africain (RDA), fundado en 1946 y vinculado a la política de la metrópoli, se convierte en el partido dominante del Africa francesa², controlando el gobierno de siete de los territorios de la misma en vísperas de la independencia.

La fórmula que se adopta en la posguerra para mantener la continuidad de los vínculos políticos es la de la Unión Francesa, sustituida en 1958, en virtud de la Constitución gaullista, por el concepto de la Communauté Française—la Comunidad—, siguiendo el modelo de la Commonwealth británica como una asociación entre naciones iguales.

Tal postura contrastaba con la que Francia había mantenido desde el principio en relación con sus colonias africanas, representando un giro copernicano en la misma.

En efecto, a diferencia de Gran Bretaña, que trató la evolución constitucional de cada una de sus colonias separadamente, Francia siguió una política común y sincronizada para todas ellas y, aunque no obtuvieron su independencia al mismo tiempo, ocho la proclamaron en 1960 con dos días de diferencia³.

² Al hablar de Africa francesa en el periodo colonial prescindimos siempre de los tres países del Mogreb cuyo *status* político era, al menos en teoría, sustancialmente diferente.

³ COLIN LEGUM: *Africa Handbook*, Londres, 1969, p. 337.

Como resultado de estas relaciones franco-africanas, que pudiéramos calificar de paternalistas, la idea de la *Comunidad*, que hacía tabla rasa de la noción antes sagrada de la indivisibilidad de Francia y sus territorios ultramarinos, estaba condenada a una vida efímera que en la práctica no pasó del plano teórico.

Pero como señala el escritor sudafricano Colin Legum, desarrollando la idea que inicialmente esbozamos: «A notable feature of post-independence Africa has indoubtably been the attempt by the former French colonies to mantain and institutionalize some of the links of a common colonial heritage. The attempt has sometimes failed or got sidetracked, but there remains a proliferation of institutions, not primarily political»⁴.

En efecto, al producirse la independencia de los territorios subsaharianos de Francia surgen una serie de organizaciones de carácter privado u oficial con el fin de llenar el vacío imperial en el Africa latina, creadas las unas a iniciativa metropolitana, otras a la de los nuevos Estados, de vida efímera o naturaleza más permanente según los casos.

Mencionemos algunas entre las más importantes:

El Consejo Africano y Melgache de Enseñanza Superior (CAMES), fundado en 1968 y con sede en Uagadugu.

La Asociación Universitaria para el Desarrollo de la Enseñanza y Cultura en Africa y Madagascar (AUDECAM), fundada en 1963 y con sede en París.

El Movimiento de Estudiantes de la Organización Común Africana y Malgache (MEOCAM), creado en 1967 en Niamey, a iniciativa oficial de los países de la OCAM, como organismo controlado por los gobiernos africanos para encauzar las actividades estudiantiles, teniendo su sede en Dakar.

La Organización de Cooperación y Coordinación para la lucha contra las enfermedades endémicas (OCCGE), creada en 1960 y con sede en Bobo-Dioulasso (Alto Volta), y a la que pertenecen Costa de Marfil, Benín, Alto Volta, Francia, Malí, Mauritania, Níger, Senegal y Togo.

La Asociación para el Desarrollo del Turismo Africano (ODTA), creada en París en 1961 y con sede en Yaundé, a la que pertenecen actualmente diez países, tras la retirada del Camerún en 1973.

La Agencia para la Seguridad de la Navegación Aérea en Africa y Madagascar (ASECNA), creada en 1959 y de la que forman parte quince países.

⁴ COLIN LEGUM: *Op. cit.*, p. 342.

La Unión Africana y Malgache de Correos y Telecomunicaciones (UAMPT), creada en 1961.

Las Uniones Monetarias del Africa Occidental y Central, creadas poco después de la independencia en las áreas homónimas y sustancialmente modificadas en su estructura en años posteriores.

La Compañía aérea Air Afrique, fundada por el Tratado de Yaundé en 1961 y que funciona con la cooperación de la empresa gala UTA.

La Oficina Africana y Malgache de la Propiedad Industrial (OAMPI), la Organización Africana y Malgache del Café (OAMCAF), la Unión Africana y Malgaché de Bancos de Desarrollo (UAMBD) y otra plétora de organismos especializados y ámbito afrolatino, cuya enumeración haría interminable este estudio.

Y por último, y con un campo más amplio y resonancias políticas, recordemos tan sólo las dos asociaciones que han constituido la piedra angular del orden poscolonial en el Africa latina: el Consejo de la Entente, creado en 1959⁵, y la Organización Comun Africana, Malgache y de Mauricio (OCAM)⁶, nacida en 1964 sobre la base del Grupo de Brazzaville, con no despreciable influencia francesa, y que llegó a integrar a la mayoría de los Estados de dicho grupo cultural en un frente común económico, dentro de cuyo marco han nacido varios de los organismos especializados afrolatinos que antes enumeramos, y cuya crisis en los últimos tiempos ha sido una de las razones de que se inicien las conferencias presidenciales franco-africanas.

Otro de los pilares del orden poscolonial ha sido el cultural, muy mimado por Francia, como dijimos, con difusión de la lengua metropolitana en forma sólida entre las capas cultas de la población del Africa latina con más intensidad y éxito que en otras latitudes.

En todos los Tratados de cooperación firmados por Francia con aquellos Estados, la vertiente cultural ocupa lugar destacado: el envío de libros, medios audiovisuales y maestros (que constituyen el mayor porcentaje de los *cooperants*) son otras tantas bazas para mantener las relaciones mutuas en este campo y, lógica y justamente, la influencia de la antigua metrópoli en una especie de culturalimperialismo.

Interrelaciones que el Presidente Senghor, del Senegal, bautizó como «francofonía».

Después de varios intentos, tales interrelaciones han quedado institucionalizadas por el Acuerdo de Niamey de 1970, que crea una espe-

⁵ Vid. artículo del autor sobre dicho tema en el número 142 de esta REVISTA (noviembre-diciembre 1975).

⁶ Vid. artículo del autor sobre dicho tema en el número 138 de esta REVISTA (marzo-abril 1975).

LAS CONFERENCIAS PRESIDENCIALES FRANCO-AFRICANAS

cie de super-Instituto de Cultura Hispánica —versión francesa—, con la denominación de Agence de Cooperation Culturelle et Technique des Pays partiellement ou entierement de langue française, con sede en la capital de Níger, de ámbito amplísimo, como indica su nombre, y del que hoy forman parte veintidós países. Cuenta con un secretario general (el primero fue de Quebec y el segundo de Níger) y celebra su conferencia general, a nivel de ministros, cada dos años.

* * *

Tras la independencia, Francia firmó con trece de sus quince colonias africanas sendos Acuerdos de cooperación. Tales Acuerdos vinculaban muy estrechamente a la antigua metrópoli con los flamantes Estados y cubrían los más diversos aspectos y temas.

Normalmente preveían una colaboración en el campo monetario, basada en la común pertenencia al área del franco, la concesión de ayuda económica, asistencia técnica en diversos campos, cooperación cultural, colaboración en el terreno de la aviación civil, marina mercante y correos y telecomunicaciones.

Asimismo, aunque no en todos los casos, se establecían una serie de cláusulas que, en la práctica, colocaban a la antigua metrópoli y a sus ciudadanos en situación de privilegio, aunque se aceptase el principio de reciprocidad; tal era el caso de aquellas que suprimían el requisito del visado —que normalmente se seguía exigiendo a los ciudadanos de otros países del Africa latina— o los relativos a la doble nacionalidad que consagraban la posición privilegiada de los franceses que ocupaban cargos directivos en las antiguas colonias.

Y, por último, cabe mencionar aquellos acuerdos o cláusulas que se establecían en beneficio expreso de la antigua metrópoli: los de compra, en cantidades y a precios garantizados, de minerales estratégicos; el reconocimiento del embajador francés como decano nato del Cuerpo Diplomático y los Tratados de Defensa, aunque éstos ocasionalmente hayan beneficiado más a los Gobiernos africanos signatarios que al de París, como ha ocurrido en el Chad con motivo de su guerra civil⁷ o en el Gabón, al ser transitoriamente destituido el presidente Mba en 1964.

En los últimos años se produce el hecho de que Francia, a través de los Acuerdos de Cooperación Cultural y Económica, ha ido ampliando el círculo de los Estados afrolatinos a ella vinculados por este

⁷ Vid. artículo del autor en el número 106 de esta Revista (noviembre-diciembre, 1969).

medio, trascendiendo el ámbito de los que constituyeron su antiguo imperio colonial, y de ello son prueba los firmados en 1970 con Burundi y Mauricio y la creciente participación de este grupo de países en las conferencias objeto de nuestro estudio.

La ayuda francesa a sus antiguas colonias africanas no podemos subestimarla.

Salvo en Guinea-Conakry, la vieja metrópoli es la principal fuente de ayuda externa e inversiones para las mismas, incluso en aquellas cuyas relaciones con Francia no han estado exentas de tensiones.

Tal ayuda ha representado por parte francesa un porcentaje notable de su PNB, y para los países más pobres de su antiguo imperio africano, elemento indispensable para equilibrar el presupuesto, financiar su desarrollo y—en no pocos casos—para permitir a las clases dirigentes africanas un nivel de vida similar a las de la antigua metrópoli, lo que plasma por su parte en una adhesión tácita—no siempre es prudente la explícita— a su línea internacional.

Estos países han sido receptores de más de la mitad de la ayuda exterior francesa, que a su vez representa normalmente para dichas naciones un porcentaje similar de la recibida del extranjero a título concesional.

Los organismos que han instrumentado esta ayuda han sido los siguientes:

El Fondo de Ayuda y Cooperación (FAC), orientado en forma exclusiva al Africa latina³, y que desde su fundación en 1959 y hasta 1971, desembolsó un total de 6.363.000.000 francos franceses por dicho concepto.

El Fondo de Inversiones para el Desarrollo Económico y Social (FIDES), dedicado a la ayuda de los territorios ultramarinos bajo soberanía francesa, condición que en Africa reunió hasta hace poco más de un año Comores, y que actualmente, y por corto plazo, sólo corresponde al Territorio de los Afars y de los Isas. Dichos desembolsos han sido a escala más modesta, representando de 1959 a 1971 un valor total de 95.000.000 de francos franceses para Comores y 43.000.000 de Ff. para el TAI.

Y, por último, el Fondo de Inversiones para los Departamentos de Ultramar (FIDOM), del que se beneficia en Africa tan sólo la isla de la Reunión, único territorio que posee tal *status*.

A todo lo cual cabe añadir la decisión adoptada por el Gobierno francés en 1972 de dar por canceladas sus deudas de carácter oficial

³ Con excepción de alguna ayuda de volumen reducido concedida a Etiopía por razones políticas.

con el Africa latina, que alcanzaban en aquella fecha un valor cercano a los 200.000.000 de dólares USA.

* * *

Además de la cooperación económica, las relaciones franco-africanas son muy importantes en otros campos.

Favorecido por Tratados de comercio preferenciales, puede decirse que todavía hoy el 50 por 100 de los intercambios comerciales de las antiguas colonias francesas en el Africa negra se realizan con la vieja metrópoli, obteniendo ésta de aquellos países el suministro garantizado y a precios prefijados de minerales estratégicos para su industria.

Es también Francia el principal país inversor en aquellas naciones tanto con carácter privado como estatal, garantizándose las inversiones privadas de nueva realización por un régimen de seguros establecido por el Gobierno francés desde 1971.

Y a todo ello se une el trasvase humano en ambas direcciones, paradójicamente muy superior en los últimos años que en la era colonial⁹.

Y, por último, el muy importante factor de la integración de todas las antiguas posesiones francesas subsaharianas, a excepción de Guinea-Conakry, en el área monetaria del franco.

En su virtud, los billetes puestos en circulación por los cuatro Bancos de Emisión de aquellos países: los del Africa central, Africa occidental, Malí y Madagascar, están respaldados por los recursos del Tesoro francés, y depositadas en su antigua metrópoli están sus reservas monetarias¹⁰.

Corolario de ello es la plena libertad en la transferencia de capitales dentro de la zona—lo que evidentemente favorece al inversionista francés—y el control de las reservas y la centralización en París de la política monetaria del área del franco, lo que se puso de manifiesto al poder realizar en 1969 la devaluación de la divisa francesa,

⁹ Así, el número de franceses en Costa de Marfil y Gabón se ha triplicado desde la independencia de estos países, siendo hoy de más de 50.000 y de 15.000, respectivamente. El aumento del número de afrolatinos en Francia es fenómeno perfectamente conocido y observable y de un ritmo también espectacular.

¹⁰ Malí se retiró de la zona del franco en 1982, reingresando en ella con ciertas limitaciones en 1987 tras devaluar su moneda en un 50 por 100. Mauritania se retiró en 1973 para crear su propia valuta—el «ougiya», equivalente a cinco francos CFA; en el mismo año lo hizo Madagascar, pero ambos países han continuado *de facto* perteneciendo al área del franco, lo que les ha permitido mantener la paridad de su moneda. Los demás estados emplean el franco CFA, equivalente a 0,02 francos franceses.

y en 1976 la «flotación» de la misma, de similares resultados, con el efecto consiguiente en los demás países a ella vinculados y sin consultar con los mismos.

Situación que, si garantiza la estabilidad de la moneda de aquellos países, con frecuencia económicamente débiles, en contrapartida deja su política monetaria en manos de la antigua metrópoli.

Las relaciones entre Francia y sus antiguas posesiones africanas han atravesado desde la independencia los altibajos normales en estos casos.

En algunos países africanos la influencia de París sigue siendo muy poderosa, mientras que en otros se ha diluido sustancialmente debido a la radicalización oficial de las actitudes de sus gobernantes —caso de la República Popular del Congo, Madagascar o Benín¹¹—, que contrastan con la línea invariablemente conservadora adoptada desde 1958 por el Gobierno francés, y mantenida, por lo tanto, a lo largo de todo el periplo independiente de los nuevos Estados, aunque dentro de este orden de cosas tal vez represente más, a largo plazo, la desaparición de la primera generación afrolatina vinculada a la independencia y tan influida como deslumbrada por la vieja metrópoli.

Fuera de ello, las fricciones entre Francia y sus antiguas colonias del Africa negra se han mantenido a un nivel mucho más aceptable y controlable que otras relaciones poscoloniales: expulsiones de *cooperants*¹² por haberse excedido en sus funciones o entrometerse en asuntos del país donde han sido asignados; nacionalizaciones de propiedades francesas y el problema de la descolonización de Comores y el TAI o la colaboración de Francia con la República Sudafricana. Problemas los dos últimos que, si en el Africa sajona han sido anatemata, los países afrolatinos han conseguido quitarles el carácter de antagonismo irreversible en sus relaciones con la vieja metrópoli.

En gran parte esta estructura poscolonial, en lo que ha tenido de permanente y triunfalista, se debió a la obra del general De Gaulle, a sus relaciones —en el fondo, jerárquicas— con los dirigentes afrolatinos y su prestigio personal. Su desaparición del teatro político francés hacía inevitable la crisis de «las relaciones especiales» entre ambos mundos, tal como se sentaron a raíz de la independencia africana, a lo que se une el negativo impacto económico de la crisis del petróleo y todas sus secuelas en los países africanos, en especial en los de menor nivel de desarrollo y más pocos recursos minerales.

¹¹ Nombre adoptado por Dahomey.

¹² Denominación de los técnicos franceses de grado medio enviados por Francia en el marco de los Acuerdos de Cooperación.

El cambio de las circunstancias en que advinieron a la independencia aquellas naciones determina lógicamente la necesidad de modificar los lazos poscoloniales que las unían entre sí y con la antigua metrópoli.

Las relaciones a nivel oficial han continuado siendo estrechas, de lo que es prueba tanto la asistencia masiva de los Jefes de Estado afrolatinos a los funerales del general De Gaulle, como el viaje de varios de ellos a París tras las elecciones presidenciales de 1974. Pero se acusa en la mayoría de aquéllos el deseo de acabar con las relaciones privilegiadas, que plasma en la desaparición, a iniciativa africana, de las cláusulas estableciendo la doble nacionalidad, el reconocimiento del embajador francés como decano del Cuerpo Diplomático y, sobre todo, por la denuncia, caducidad o modificación sustancial de sus acuerdos militares con Francia, de modo que actualmente sólo existen unidades militares galas en Senegal, Gabón, Chad y Costa de Marfil, y de volumen reducido, si bien en otros países permanecen misiones militares, aunque no con este nombre, en calidad de instructores de los ejércitos locales.

Dentro de esta misma línea de renegociación de los vínculos poscoloniales podemos encuadrar el deseo, muy extendido en el Africa latina, de reformar en sentido más favorable a los nuevos Estados los acuerdos de cooperación firmados a raíz de la independencia. Actitud adoptada con uno u otro matiz a lo largo de 1972 por parte de ocho países: Chad, Congo, Camerún, Dhomey, Togo, Mauritania, Madagascar y Níger.

En relación con tal actitud renegociadora, sobre cuya necesidad existía total unanimidad tanto en Francia como en sus antiguas colonias, la única diferencia surgía en relación con el *modus operandi*, si individualmente o colectivamente, formando los Estados afrolatinos un frente común ante Francia como era la posición de Níger. Se impuso a la postre la tesis de las negociaciones bilaterales que han plasmado en sustanciales modificaciones, en sentido favorable a los países africanos, de los primitivos Acuerdos de Cooperación¹³.

Con ello llegamos a un momento en que se plantea la modificación a fondo de las relaciones poscoloniales entre Francia y sus antiguos dominios subsaharanos y su institucionalización bajo nuevas bases, y ello es lo que buscan las conferencias objeto de nuestro estudio.

¹³ A lo cual cabría añadir la «despersonalización» que supuso en 1974 la abolición en Francia del Secretariado de Asuntos Africanos y Malgaches de la Presidencia de la República y la absorción de sus funciones por el nuevo Ministerio de la Cooperación.

Con este motivo se convoca en 1973 la I Conferencia Cumbre Francoafricana.

Coincide la misma con la crisis de la OCAM, la renegociación de los Tratados de Cooperación, la guerra del Yom Kippur y la consecuente crisis del petróleo y con las primeras noticias de la desastrosa sequía saheliana, que afectaba de lleno a seis de los Estados afro-*latinos*.

En este cónclave Francia va a aparecer como un miembro más y en pie de igualdad con sus antiguas posesiones africanas, cuando hasta aquel momento sus relaciones con las mismas eran preferentemente bilaterales, no perteneciendo formalmente sino a algunas de las organizaciones afro-*latinas* de carácter especializado.

La convocatoria de la reunión se debió a iniciativa tanto francesa como de los mandatarios de Senegal y Costa del Marfil, este último prefirió definirla como una conferencia de la «zona del franco», tanto por su preferencia personal, por lo económico, como por considerar que así calificada haría más fácil la asistencia a la misma de los Estados «progresistas».

Tal idea de Houphouet-Boigny demostró ser acertada; países de este carácter, como Malí y Congo, se hicieron presentes en la reunión y muy de acuerdo con el espíritu que propugnaba el presidente marfileño, representados por sus ministros de Hacienda.

La iniciativa recibió en general buena acogida, aunque el presidente camerunés, señor Ahidjo, manifestase que la misma «carecía de interés» y «era contraria a nuestro deseo de afirmar nuestra propia personalidad nacional». En consecuencia, Camerún estuvo ausente de la «cumbre», al igual que Guinea-Conakry, Madagascar, Mauritania y Chad, entre las antiguas colonias galas en Africa.

Asistieron, en cambio, los jefes de Estado de Gabón, República Centroafricana, Costa de Marfil, Níger, Alto Volta y Senegal. La República Popular del Congo y Malí estuvieron representados, como antes dijimos, por sus ministros de Hacienda, y Togo y Dahomey, por los de Relaciones Exteriores. También participó el primer ministro de Mauricio, país perteneciente a la Commonwealth, aunque el francés es lengua de uso común en la isla.

La Conferencia se inauguró el 13 de noviembre de 1973. El presidente francés, señor Pompidou, resumió en su discurso de bienvenida los objetivos y razones de aquella reunión: «la defensa de nuestra común herencia cultural»; «la atención a los imperativos del desarrollo»; «el deseo de superar las diferencias entre los Estados industria-

lizados y los menos favorecidos», concluyendo por afirmar que para Francia «la ayuda a Africa sigue siendo prioritaria». La contestación —en nombre de los Estados africanos representados en la Conferencia— corrió a cargo del jefe de Estado de Níger, señor Diori, presidente de la OCAM a la sazón.

El mandatario nigeriano sugirió la creación de dos nuevas instituciones para el Africa de idioma francés, una a nivel de ministros de Relaciones Exteriores y Hacienda y otra a nivel de jefes de Estado, que tendrían como objetivo el buscar una mejor cooperación con Francia.

Exaltó las relaciones entre la antigua metrópoli y los nuevos Estados y concluyó señalando como temas prioritarios a discutir en la reunión: los problemas monetarios, las relaciones entre los países de lengua francesa, la asociación de los Estados africanos con el Mercado Común Europeo y la evolución de los Acuerdos de Cooperación con Francia.

La Conferencia aprobó la propuesta del presidente Diori de que las reuniones francoafricanas se celebrasen a nivel de jefes de Estado con periodicidad anual, e igualmente con carácter anual las de sus ministros de Hacienda y Economía, y que las primeras estuviesen precedidas —como es costumbre internacionalmente— por reuniones preparatorias a nivel de ministros de Relaciones Exteriores.

Se aprobó igualmente que la sede de las Conferencias se alternase entre Africa y Francia.

Se discutió además sobre la cooperación, la reforma de la zona del franco, la posibilidad de mejorar las condiciones de la asociación entre el MCE y los Estados africanos, la lucha contra la sequía saheliana y los problemas del Oriente Medio.

Todos los asistentes se manifestaron de acuerdo en reforzar la colaboración y en reconocer la existencia de «relaciones privilegiadas» entre Francia y sus antiguas colonias africanas, pero, como es común en reuniones de este tipo, se caracterizó más como un «foro», cambio de impresiones y primera toma de contacto con vistas al futuro que por la adopción de acuerdos concretos.

Estas se limitaron a institucionalizar las reuniones y a llegar a un acuerdo monetario —que se firmó en Dakar— entre los miembros africanos del Banco Central de Africa Occidental (Senegal, Costa de Marfil, Dahomey, Alto Volta, Níger y Togo) por un lado y Francia por otro, reorganizando la estructura de aquel Banco y distribuyendo por partes iguales entre los siete Estados miembros los puestos del Consejo de Administración del mismo.

La II Conferencia se celebró en Bangui el 7 y 8 de marzo de 1975.

A la misma asistieron los presidentes de Francia, Costa de Marfil, Gabón, Alto Volta, Ruanda, Burundi y Níger, amén del mariscal Bokassa, que lo era del país huésped. En representación de Mauricio asistió su primer ministro¹⁴; Congo, Dahomey, Malí, Togo y Zaire estuvieron presentes a nivel ministerial, y a título de observadores asistieron Seychelles, representada por su primer ministro, señor James Mancham, y Somalia, que lo fue por su embajador en Francia.

Estuvieron ausentes los mismos cinco países que en la I Conferencia, haciéndose presente, en cambio, las tres antiguas colonias belgas, lo que amplía el ámbito inicial de estos cónclaves para afirmar su carácter afrolatino, de cuyo grupo Francia trata de erigirse en dirigente.

En el curso de la Conferencia se discutió la necesidad de llegar a una «cooperación triangular» entre los Estados europeos, africanos y árabes, debido al cambio de la constelación de fuerzas económicas mundiales tras la «crisis del petróleo», y se mantuvieron, según la prensa, «conversaciones muy francas» sobre la emigración africana a la antigua metrópoli y los abusos sufridos por algunos de ellos en Francia.

Sin embargo, lo más señalado de las reuniones fue la retirada del embajador de Somalia, señor Samantar, con el pretexto oficial de que sólo había sido aceptado con carácter de observador, aunque la razón fue, al parecer, por no conseguir el apoyo de los demás Estados africanos asistentes para plantear en la Conferencia la descolonización por Francia del Territorio de los Afars y de los Isas, reivindicado por su patria.

En su comunicado final los participantes:

Expresaron su mutua confianza y solidaridad en la lucha contra los obstáculos al desarrollo, su preocupación por la persistencia de la inflación e inestabilidad monetaria y la disminución de la actividad económica mundial.

Manifestaron su propósito de «contribuir al establecimiento de un nuevo orden económico mundial fundado en la solidaridad entre los países industrializados y aquellos en vías de desarrollo, y en el diálogo entre productores y consumidores de energía y materias primas», idea que se ha hecho muy popular en todos los medios económicos tras la «crisis del petróleo de 1973», y en este sentido calificaron como «elemento positivo en tal diálogo» el proyecto francés de convocar una

¹⁴ Mauricio es el único estado africano de la Commonwealth donde el jefe de Estado es la reina de Inglaterra.

conferencia internacional sobre la energía, que se celebró al mes siguiente con éxito muy relativo.

Propugnaron una reforma profunda en el sistema monetario internacional, basada en paridades estables con salvaguardias y medidas compensatorias favorables a los países en vías de desarrollo.

Expresaron su satisfacción por la firma del Acuerdo de Lomé entre el MCE y 46 Estados del Tercer Mundo, africanos en su gran mayoría ¹⁵.

Al elogiar la política francesa de cooperación expresaron su deseo de que la misma tomase en cuenta las prioridades de cada país, prestando atención especial a las dificultades que la falta de acceso al mar o la sequía causaba en algunos de ellos.

Se aprobó, por último, que la III Conferencia se celebrase en Francia el año siguiente.

En su discurso en la sesión de clausura, el presidente Senghor, de Senegal, propuso que las antiguas colonias portuguesas fuesen invitadas a la próxima Conferencia, con lo que se confirmaba tanto el carácter afrolatino de las mismas y el hecho de que Francia pasaba a llenar el vacío dejado por Bélgica y Portugal en la era poscolonial, aunque tanto el mandatario senegalés como el presidente Giscard reiteraron públicamente el carácter informal de las reuniones y el que éstas no implicaban la menor aspiración a constituir un bloque político.

El presidente Senghor manifestó igualmente que, de momento, no se creaban en el marco de dichas Conferencias instituciones de carácter permanente ni un secretariado general de las mismas.

* * *

La III Conferencia se convocó por el Gobierno francés el 8 de abril del pasado año, celebrándose en París el 10 y 11 de mayo.

En un principio se proponía tratar ante todo de temas económicos, pero el haber pasado el continente africano al primer plano del ajedrez mundial después de la descolonización portuguesa, no dejó de influir en las reuniones. Estas se celebran poco después del periplo africano de Kissinger, cuando aún se escuchaban los ecos de la guerra civil en Angola, coincidiendo con la Conferencia de la UNCTAD en

¹⁵ Vid. artículo del autor sobre el tema en el número 139 de esta REVISTA (mayo-junio 1975).

Nairobi, de «los veinte» en París y de la OPEP en Bali. Factores todos ellos ajenos a la reunión, pero que no dejan de determinar el sentido de la misma.

Participaron en la III Conferencia un total de veinte países. Diez de ellos, a nivel de jefes de Estado: Costa de Marfil, Francia, Gabón, Alto Volta, Malí, Níger, República Centroafricana, Ruanda, Senegal y Togo, y a nivel inferior, Mauricio, Seychelles, Benín, Burundi, Zaire y—lo más significativo y consecuencia del proyecto de Senghor en la II Conferencia—las antiguas posesiones portuguesas de Guinea-Bissau, Cabo Verde y Santo Tomé y Príncipe, tres nuevos Estados geográficamente próximos a las antiguas colonias subsaharianas de Francia. También por primera vez participa Chad y no está presente la República Popular del Congo. Igualmente estuvo representada Comores, que había proclamado su independencia el año anterior, pero que mantiene con la vieja metrópoli un agudo contencioso en relación con el *status* político de la isla de Mayotte.

El discurso inaugural corrió a cargo del presidente francés Giscard d'Estaing, que propuso a la Conferencia «un intercambio de puntos de vista» sobre los temas siguientes¹⁶:

1. La inflación y problemas monetarios, sobre lo que reiteró la permanente actitud francesa de que «la restauración de la economía mundial exige en primer lugar poner en orden el sistema monetario y financiero internacional» y conseguir «una estabilidad razonable en los tipos de cambio y la creación concertada de reservas».

2. La revalorización y estabilización de los precios de las materias primas, proponiendo el inicio de negociaciones para llegar, en el plazo de dos años, a una decena de acuerdos sobre distintos productos, como el caucho o el algodón.

3. Mantener un diálogo permanente entre los países industrializados y los que están en vías de desarrollo, prestando un interés especial a aquellas naciones más carentes de recursos naturales y privadas de acceso al mar, y

4. Las perspectivas de cooperación euroafricana, proponiendo el dedicar como ayuda al Tercer Mundo un porcentaje del PNB de los países industrializados, de una forma racional, adaptada a la diversidad de situaciones económicas y manteniendo el pleno respeto a la independencia nacional de los países receptores.

¹⁶ Vid. texto en *Le Monde*, 12 de mayo de 1976.

Concluyendo con una frase de claras resonancias monroístas—y sorprendente en otra coyuntura—: «Africa, para los africanos».

La conclusión más destacada de la Conferencia consistió en la aprobación por unanimidad de una propuesta del mandatario francés de que las naciones industrializadas «vinculadas históricamente con Africa», así como los Estados Unidos, constituyesen un «Fondo de Solidaridad» para ayudar a los países africanos más necesitados, comprometiéndose Francia a contribuir con el 50 por 100 de su importe.

No se adoptó decisión alguna sobre el montante concreto del mismo, acordándose que los detalles se determinasen en el curso de la reunión de los ministros de Hacienda de la zona del franco.

La creación de dicho fondo a iniciativa francesa no dejó de causar sorpresa, dada la política de aquel Gobierno, opuesta a la creación de nuevas organizaciones internacionales para la ayuda a los países en vías de desarrollo.

Pero ello es olvidar que tal iniciativa implicaba vincular el «Fondo de Solidaridad» a la reunión de los ministros de la zona del franco, a la que, por lo tanto, queda enmarcado el mencionado fondo¹⁷.

A pesar de las negativas oficiales al respecto, y dado el nivel de las personalidades asistentes, no pudo eludirse el tocar en la Conferencia temas de interés político.

En el comunicado final se señala que «los participantes a la Conferencia han acordado afirmar la necesidad para Africa de evitar cualquier intromisión extranjera en sus asuntos, con el fin de salvaguardar la paz en el continente y permitirle consagrar la totalidad de sus fuerzas y su expansión en beneficio del hombre», indirecta referencia a los recientes sucesos de Angola.

Esta conferencia ha seguido la tónica de las dos primeras: el deseo de continuar las «relaciones especiales» entre Francia y sus antiguas colonias africanas, progresivamente ampliadas a otros países afrolatinos, sobre una base económica y cultural, aunque de indirecta e inevitable incidencia política.

Luis MARINAS OTERO

¹⁷ Por otra parte, en la Conferencia Ministerial de Dakar—precisamente de la zona del franco—en el mes de marzo, el ministro francés de Hacienda había hecho una propuesta idéntica a la que haría su presidente.

